

Cavernas de la soledad y la muerte

serie
Relatos

Primera edición,
Noviembre 2008

Copyright © del texto, José María Rodríguez Guil
Copyright © de la edición, Mundos Épicos Grupo Editorial, 2008
Copyright © de las ilustraciones, Mundos Épicos Grupo Editorial
Copyright © de la fotografía de cubierta, Pablo Guil

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ALL RIGHTS RESERVED

Fotografía de cubierta: **Pablo Guil**
Ilustraciones interiores: **Verónica Ruiz**
Diseño gráfico y maquetación: **Pablo Guil**

MUNDOS
ÉPICOS
GRUPO EDITORIAL

C/ Adolfo Clavarana, 45
03300, Orihuela (Alicante)
Tlf. 951 93 11 34
info@editorial-sdp.es
www.editorial-sdp.es
www.mundosepicos.es

Impresión: PUBLIDISA

ISBN: 978-84-936488-9-3
DEPÓSITO LEGAL:

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

<http://cavernas.editorial-sdp.es>

Cavernas
de la soledad
y la muerte

JOSÉ MARÍA GUIL

sueñosDEPAPEL

*A la memoria de mi abuela Paquita,
porque plantó en mí una semilla
que nunca vio brotar.*

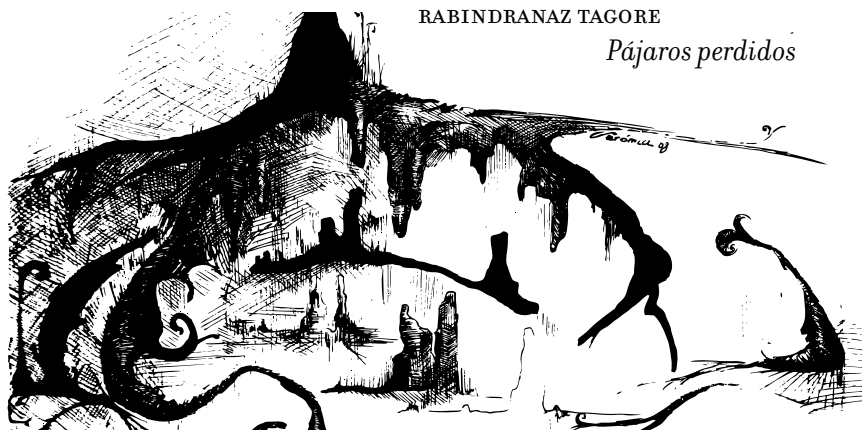
*A Lourdes, porque me dio su luz
y permaneció a mi lado
hasta que la semilla floreció.*

LA CRIATURA

«La fuente de la muerte hace fluir
el agua quieta de la vida».

RABINDRANAZ TAGORE

Pájaros perdidos



Al tercer amanecer, por fin el tiempo mejoró; después de tres noches y dos días de lluvia ininterrumpida, había cesado el temporal. El agua, ya en calma, reposaba en numerosos charcos, que dispersos y tristes decoraban de espejos el suelo húmedo del bosque. Las últimas gotas por caer eran las que, perezosas, resbalaban aún por las hojas de los árboles. El viento, que había soplado con fuerza, amainaba hasta convertirse en agradable brisa; y las nubes, que habían cubierto por completo el firmamento, ocultando Sol y Luna indistintamente, empezaban ya a deshacerse, abriendo paso a la luz cegadora de la mañana.

Fue entonces cuando la criatura, aún herida, salió de la caverna. Había permanecido en la oscuridad tanto tiempo (el que



había durado el temporal) que sintió un dolor agudo en los ojos cuando éstos se toparon con los primeros rayos solares. Al instante, se quejó con un sordo gruñido, entornó los párpados, puso una mano delante de su mirada para protegerse del gran astro, e incluso llegó a girarse para dejarlo a su espalda. De pronto, sufrió un picor intenso en las heridas de su dorso, lo cual le hizo recordar con pavor el percance sufrido tres lunas antes, en la montaña al sur de su cueva.

Había sido al finalizar un larga y aciaga jornada de caza, cuando estaba a punto de darse por vencida, cuando ya se resignaba a regresar de vacío, cuando la tarde empezaba a morir... Sin esperararlo, por fin había avistado una presa aparentemente fácil, y de mayor interés que los escurridizos conejos que, a lo largo del día, se le habían escapado una y mil veces. Se trataba de un oseño que parecía despistado; la pieza perfecta que le podría proporcionar carne suficiente para los días de tormenta que, a buen seguro, estaban al llegar; era obvio. El cielo, cada vez más encapotado, tomaba un aspecto denso y gris, el viento empezaba a silbar con brío, y los truenos, cada vez más próximos, sonaban con mayor frecuencia y furor... La criatura, al acecho, se acercaba al cachorro, sigilosamente, sin dejarse ver en ningún momento, hasta que lo vio acorralado al borde de un terraplén... Justo cuando saltó sobre él y empezó a golpearlo sin piedad con un hueso largo y duro que llevaba consigo, apareció detrás de ella un enorme oso, omnipotente, que lucharía por salvar a su hijo de una muerte segura... La criatura recibió un brutal zarpazo y cayó rodando pendiente abajo, golpeándose con todo lo que encontró a su paso, pero escapando así milagrosamente de la fiera. Acto seguido, huyó rápidamente, temblorosa y dolorida, con la sangre del oseño manchando sus manos y con la suya propia manando de su dorso, además de con un miedo metido en las entrañas que difícilmente olvidaría... Mientras acababa de anochecer, entre visibles y continuos relámpagos que instantes después atronaban con fuerza en sus oídos, regresó al único lugar que siempre la había protegido de las inclemencias del tiempo. Las primeras gotas de lluvia habían lavado sus



EL EXTRAÑO
DESPERTAR
DE HAROLD
PAYNE



«'¿Y la muerte? ¿Dónde está?'

Buscó su habitual miedo a la muerte
y no lo encontró. '¿Dónde está? ¿Cómo es
la muerte?'. No tenía miedo de ninguna
clase, porque tampoco ella existía.

En vez de la muerte había luz».

LEON TOLSTOI

La muerte de Ivan Ilich

Como cada tarde, Harold Payne llegó hasta el final del camino que conducía al acantilado y se detuvo en el borde, mientras llegaba hasta él el sonido intermitente de las olas. Unos segundos después (tal vez minutos) contempló cómo el Sol se ocultaba tras la línea del horizonte. Bajo la débil luz del crepúsculo, el océano le parecía infinitamente grande y hermoso, mientras su vista se perdía en la inmensidad de las aguas, misteriosas y oscuras por la llegada inminente de la noche.

Era extraño, ese día todo lo había apreciado de manera distinta, todo le había parecido mucho más admirable y valioso de lo habitual: la música de los pájaros al amanecer, el aroma de las rosas de su jardín, su carrera matutina a través del bosque, el agua fresca de la fuente bajo el sol del mediodía, el sabor afrutado de una ensalada, la lectura de un poema de amor, la conversación telefónica con su padre que vivía en el otro extremo del mundo, su pluma deslizándose sobre el papel, una sonata triste para piano, la brisa de la tarde meciendo las ramas de los árboles... el ocaso que ahora presenciaba. Pero, ¿por qué ese día le daba un valor tanpreciado a esas cosas tan sencillas y frecuentes en su vida? No lo sabía. Quizás porque en su soledad había recordado a personas que ya nunca podrían disfrutarlas a su lado, o quizás porque inexplicablemente le invadía un trascendental sentimiento de caducidad.

Mientras el Sol se ocultaba totalmente, Harold permaneció sentado unos minutos, tal vez más (era difícil medir el tiempo aquel día en el que unas veces parecía haberse detenido; otras, correr muy aprisa). Con los ojos cerrados y su rostro oculto entre las manos, pensaba en su mujer, que ya no estaba con él, al tiempo que intentaba percibir las distintas sensaciones provocadas por la naturaleza silenciosa que le rodeaba, para compartirlas con ella, dondequiera que estuviese, intentando transmitírselas a través de su recuerdo imperturbable. Cuando Harold volvió a mirar al cielo, un manto oscuro salpicado por millones de estrellas lo había cubierto por completo. Con su mirada, intentó

recorrer la línea de costa por última vez, terminando en la luz de un faro que siempre había estado allí; le pareció increíblemente lejano. Sin más, decidió regresar.

Harold estaba especialmente cansado, a pesar de que había tenido un día muy tranquilo. A la vuelta, caminaba con pesadez, deseando llegar, y los astros parecían observarle con misterio entre la espesura del bosque, tejiendo sobre él una red extensa de puntos luminosos y dispersos en el espacio. El mismo camino que le había llevado al acantilado era el que ahora le devolvía a casa a través del bosque oscuro, aquella noche no tan oscuro porque las estrellas hacían llegar más luz que otras veces. Muchos no se atreverían a cruzarlo a esas horas, pero Harold repetía con frecuencia sus paseos sin importarle que fuera de noche o de día. Hacía muchos años que ya no le daban miedo esas cosas, desde que era niño y veía un monstruo en cada sombra. Ahora, más que tenebroso, aquel lugar le resultaba acogedor.

Al acabar de atravesar el bosque, unos cien metros antes de llegar, Harold pudo ver su casa. Era baja y muy antigua (pertenecía a su familia desde hacía un par de generaciones), con paredes oscuras de piedra, chimenea y una buhardilla en el espacio sobrante del tejado. Además, estaba rodeada por un jardín sin vallar sembrado de rosales, que estaba muy cuidado y en el que había una pequeña fuente circular. La casa había sido reformada recientemente, y ahora a Harold se le antojaba nueva y moderna.

Ya delante de la puerta, una tenue brisa que olía a mar le erizó los vellos del brazo, ululando levemente en sus oídos. Sintió un frío intenso, repentino. De pronto, de manera inexplicable, se estremeció. Rápidamente, sacó las llaves del bolsillo de su pantalón. Nervioso, no acertó con la cerradura. Apenas veía, pero oyó unos pasos detrás. De nuevo falló. Sus manos le temblaban. Una brisa gélida sopló en su nuca y sintió los pasos cada vez más cerca. Tuvo miedo y miró atrás... Nadie. La puerta se abrió por fin. Entró veloz. Cerró de un golpe, echó las vueltas y se dirigió al dormitorio. Estaba muy nervioso... Tomó aire, y al ver la cama sin hacer, se calmó de repente.



DOS
SOLDADOS



«Siempre ocurre así.
Se muere. No se sabe nada.
Nunca se llega a tiempo para
saber. Te empujan al juego,
te enseñan las reglas y,
a la primera falta, te matan».

ERNEST HEMINGWAY

Adiós a las armas

Tras sentir los silbidos de las primeras balas enemigas, los dos soldados huyeron velozmente entre los árboles, alejándose del lugar de la emboscada todo lo que les fue posible. Al detenerse, ya lejos de sus compañeros (o de lo que quedara de ellos), se sintieron desorientados. Se habían desviado hacia un lugar de la selva que no conocían, ni siquiera el más veterano. Y por si fuera poco, además de no saber dónde estaban, carecían de brújula o de mapas para poder guiarse. A buen seguro, sus portadores habían muerto muchos metros atrás, y volver hasta ellos habría sido un suicidio, pues el enemigo rondaba por allí con el dedo ligero en el gatillo. Y aunque el más novato, en su huida, había llevado consigo el equipo de radio con el que hubieran podido pedir ayuda, éste había sido inutilizado de un balazo. No obstante, debían alegrarse por tener la fortuna de haber salvado el pellejo. Rara vez se salía con vida de tal lluvia de disparos, y menos en un lugar tan despejado como el cauce del río donde el ataque había tenido lugar. Habían sobrevivido, sí, pero no había duda; los dos soldados estaban perdidos en la selva y desde ese momento nadie los ayudaría. Sólo podrían guiarse por el Sol o las estrellas, la inteligencia o la intuición, la capacidad de orientación o la suerte... Y aunque aún no podían

saberlo, el hecho de perderse (por una razón muy distinta para cada uno) sería, a la postre, de una importancia crucial en sus vidas. Para ambos siempre habría un antes y un después de la guerra, un *antes* y un *después* de aquellos tres días que iban a pasar juntos, en soledad compartida, intentando encontrar el camino de regreso.

antes

El más joven de los dos se llamaba Armando Jurado y tenía veinticuatro años. Era de pelo castaño y ojos verdes, de estatura media, pero de apariencia atlética. Su rostro era ligeramente aniñado y sus facciones estaban lejos de ser angulosas. Aparentaba menos edad de la que tenía, y a veces trataba de ocultarlo dejándose crecer un poco la barba. De clase media, tenía estudios de filología y periodismo, habiendo cursado ambas carreras simultáneamente. Leía mucho y le apasionaba escribir: algún día quería publicar un libro. Además, soñaba con ser un periodista reconocido que destapase escándalos políticos o que viajase frecuentemente, haciendo crónicas de sucesos en los lugares más recónditos del planeta. En la guerra era un novato; de hecho, sólo hacía dos semanas que había llegado al frente, justo cuando muchos decían que ya no había frente que defender, pues la guerra parecía tener sus días contados. Él no había hecho caso de los rumores y se había presentado como voluntario casi por despecho, cuando ya poco le ataba a su ciudad natal (excepto sus padres, que nunca le habían fallado); después de perder su trabajo en un periódico local, no había encontrado otro empleo que le complaciese, a la vez que había roto la relación con su novia por un estúpido malentendido (pensaba que en el campo de batalla quizás podría olvidarla).